

Este hombre no se parece a ninguno

Rousseau: Para hablar francamente os diré que, según creo, Jean-Jacques no es un hombre virtuoso.

El Francés: ¡He aquí, por tanto, que pensáis como todo el mundo!

Rousseau: Quizá no del todo: pues menos todavía es un malvado detestable, siempre según mi opinión.

El Francés: Pero, después de todo, ¿cómo es? Llega usted a ser fastidioso con sus eternos enigmas.

Rousseau: No hay ahí más enigma que el que usted mismo supone. Es un hombre sin malicia más que bueno, es un alma sana pero débil, que adora la virtud sin practicarla, que ama ardientemente el bien y que no lo hace apenas. Con respecto al crimen, estoy tan seguro como de mi existencia de que no se acercó a él jamás de buena gana; y lo mismo sucede con el odio. He aquí la suma de mis observaciones sobre su carácter moral. El resto no puede decirse en un breve resumen; pues este hombre no se parece ninguno de los que conozco; requiere un análisis aparte y hecho únicamente a su medida.

Jean-Jacques Rousseau
Rousseau juez de Jean-Jacques, 1773

Al margen

«Aventurero, soñador, filósofo, antifilósofo, teórico político, músico, perseguido: Jean-Jacques ha sido todo eso». Con esta secuencia, Starobinski comenzó su gran monografía sobre el conflicto entre el afán de *transparencia* y el fatal *obstáculo* que la enturbia siempre, tal y como se manifiesta a lo largo de la obra de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). En cambio, la opinión domesticada se bloquea ante el hecho de que alguien venga a ser siempre dos o más cosas al mismo tiempo: por ejemplo, desenmascarador y sufriente como Jean-Jacques. Entonces, si resumir supone a menudo apresurarse y hasta mentir, de hecho compendiar a Rousseau significa mutilarle y disimular sus innegables fuerzas. Al aligerar su figura, cauterizamos nuestros impulsos más complicados, justo donde tales esfuerzos pudieran reflejarse y, quizá, ampliarse.

La *versatilidad* de Rousseau, aunque parcial, se revela bien en que fue un dialogador impenitente, que osciló entre el polemista implacable, serio o irónico, y el querulante más intempestivo. Su desdoblamiento, por tanto, no sólo se capta en este juicio fingido e incancelado a alguien que tiene su nombre de pila: en estos *Diálogos* de poca difusión, un personaje con su apellido, el juez *Rousseau*, y un ciudadano del país de su «extravío», un innominado francés, argumentan sobre las virtudes y los vicios de *Jean-Jacques*. Pero sus continuos alegatos y su particular desasosiego son manifiestos en toda su obra, allí donde se define poco a poco la ley de su propia expresión: el orden de la escritura bien lograda es tan irreductible como multipolar y, por tanto, malamente cifrable en un rasgo de carácter. «Cada hombre tiene su círculo particular u horizonte del que es el centro»: esta es una de las lecciones rousseauianas. Otra, que con su *sinceridad* consiguió ir algo más allá de las fronteras entre el bien y el mal, con grave peligro, por dedicarse a reconocer y analizar su propia *impureza*.

Rousseau fue un complicador. Sus escritos serían el ejemplo extremo de la complicación, dadas las tonalidades contrapuestas que tantea o exhibe. Y dado, también, lo que cabría denominar como *movimiento lateral*, una fuga oblicua exclusiva de él que no es un mero retroceso tras un avance. Pues, lanzada cierta afirmación de partida, surge poco a poco en cada escrito suyo un rebajamiento indirecto, implícito, incompleto pero inflexible, inseguro pero indudable, de esa ya cada vez más frágil aserción: «Jean-Jacques es indolente, perezoso... Sin embargo, es vivo, laborioso a su manera». Su corazón es transparente como el cristal, *no puede ocultar nada* y, sin embargo, todo el mundo se ha *engañado* cuatro décadas (o dos siglos), sobre su humor. En Rousseau aparecen secuencias enteras de objetos, ideas y problemas *necesariamente opuestos*. El progreso es tanto avance como retroceso indefectible. Cualquier restablecimiento de cierta perfección o equilibrio –buscados infructuosamente por él– resulta quimérico, puesto que el *estado de naturaleza* «quizá no haya existido jamás» y, según añade, lo natural es tan inteligente y curioso como estúpido y pesado. El lenguaje es lo originario y certero, pero también un comienzo enajenado, incierto y, de hecho, *recomenzable* sin cesar. Su identidad, en suma, se ofrece a vertiginosas interferencias viéndose estriada de continuo por *desidentificaciones* escalonadas.

Según el «modelo» que nos brinda, nuestra *imprescindible curación* estaría limitada por la violencia de lo incurable, y, más aún, habría que reconocer el mal para buscar el *remedio* que se cobija en ese mismo mal. Desde la crisis que Rousseau definió y que aún nos alcanza, sometidos a tantas contradicciones, nos vemos como esencialmente *flotantes*. Y tanto lo que se interesan por Rousseau como los que le odian —dos tipos de mentalidades— se ven afectados por sus titubeos, persecuciones y revueltas, ya que, como vio él en los segundos, «la animosidad razona mal», y éstas son justamente tres palabras que ocuparon su vida: desconfianza, razón, maldad. Desconfiar de Rousseau es también pensar en su misma cercanía.

Al iniciar *Las ensoñaciones del paseante solitario* confesaba: «heme aquí solo sobre la tierra sin tener más hermano, prójimo, amigo o compañía que yo mismo. El más sociable y el más amante de los hombres ha sido proscrito por un acuerdo unánime». Una especie de constatación seguida de una queja —o bien una «verdad» seguida de una magnificación, una distorsión y una poetización—, movilizan, pues, a este pionero de la soledad radical, saltando, otra vez, entre dos polos. «Abierto y franco hasta la imprudencia», se queja, ha de vivir en retirada. En cada salida se ve sorprendido por nuevos fantasmas que le obligan a replegarse. Sus expansiones se disuelven de inmediato; intenta *acomodarse*, alternando la «ensoñación» y la «peligrosa reflexión», pero su *incomodidad* se acrecienta con cada paso en falso. En fin, «un triple muro de tinieblas» le separa del resto, repite, inquieto, en este raro juicio que son los *Diálogos*, no muy posteriores, por lo demás, a sus desbordantes *Confesiones*.

Su territorio interno, vivido como un hueco que se expande, crece mediante barreras defensivas ante un mundo enrarecido u hostil, que parece excluirle. Sin embargo, Rousseau no pretende romper sus lazos con el exterior (a diferencia del radicalismo romántico), y todos sus equívocos, fracasos, sospechas, desventuras —e intuiciones— provienen de ese dolorido intento por enlazarse con el mundo y provocarle. Los solitarios por gusto, suele protestar con amabilidad, son «hospitalarios, cariñosos». De ahí, acaso, lo incomparable de este gran teórico del aislamiento, de este severo *experimentador* del malestar.

«Lo que buscamos» es precisamente lo que nos constituye, dirá un temprano lector suyo como Hölderlin, en 1794. Y el apasionado y solitario hermano alemán, asimismo modélico e irreplicable, girará hasta el vértigo en torno a una discordancia contemporánea y rousseauiana: que «el hombre querría estar a un tiempo *en todo* y *por encima* de todo». Proclamado ya, entre otras muchas cosas, por Rousseau, el *poder de la discordia* hace entrada en nuestro tono vital, gracias a su susceptibilidad exacta, a su inteligencia puntillosa e insegura, a su entrega a los extremos, a su vagabundeo sin fin.

* * *

El juicio de Rousseau cae sobre nosotros como un chorro de plomo. Nos calcina y nos oprime. El argumento, por cruel y nítido, nos devuelve violentamente a la ignorancia. Su solidez proviene de que, en el fondo, más allá de su contenido explícito, no

pretende nada. Lo que sí logra es despedir de antemano a toda lógica que pretenda entenderlo; incluso nos recuerda que esa página en blanco sobre sí mismo es natural y evidente, sin más enigma que el que nosotros mismos supongamos como seres obligados a sospechar y a suponer.

Pocos hombres como él han insistido tanto en darse a conocer. Lo demuestra, entre otros, este texto de los *Diálogos*, donde Rousseau juzga a Jean-Jacques desdoblándose hasta lo imposible para acusarse y para defenderse a la vez. Ante un testigo que representa el papel de la opinión –El Francés–, tratará de convencernos de que el autor de tan bellos libros no puede ser el mismo que el de los «crímenes» que le atribuyen. El dispositivo técnico del libro parece presagiar un monótono alegato de exculpación autojustificativa, y algo hay de ello, pero existe también un resorte íntimo que permanentemente le alivia. El dispositivo realiza las veces de un secreto que, en una obra que aspira a confesarlo todo hasta la transparencia absoluta, consigue un contrapunto inconfundible. El secreto de la claridad o el misterio de la desnudez, podría ser el título más apropiado para describir el límite del intento o la coartada última de Rousseau. En cualquier caso, el genio del esfuerzo conduce a un descubrimiento final sorprendente: a la hipótesis de un hombre nuevo.

Ahora bien, tras ese vacío de significación, no se trata de pensar en un hombre más justo y sociable pues no hay en Rousseau el más mínimo esbozo de utopía. La novedad reside en la legitimidad de lo desconocido. Conocer a los hombres es ignorarlos, admitir que cada cual «no se parezca a ninguno». Comprender, por lo tanto, que el ser de cada uno se perfila en torno a un núcleo que no admite conocimiento pero tampoco escepticismo de ningún tipo. Pues donde nos detenemos ante el hombre nuevo no es en una frontera que constata la precariedad de nuestro saber, sino ante el sobresalto producido por una evidencia inopinada, la de una ignorancia tan patente como cargada de instrucción y de sabiduría.

El hombre nuevo será el que recupera la dignidad de ser desconocido. Como un hombre despojado que «requiere un análisis aparte y hecho únicamente a su medida». Hablar con alguien supondrá, en lo sucesivo, que respetemos la excepcionalidad de cada uno, esa singularidad de precursor que Rousseau recababa para sí, aunque quizá también empujado por otros motivos menos nobles, del orden de la autocelebración de quien se siente malparado y perseguido. Pero este móvil de ejemplaridad no borra el otro interés más elevado, quizá incluso le fomenta y gracias a él, a la descomunal desconfianza que encierra, nos haya ayudado a descubrir en cada hombre esa nada que señala y garantiza el respeto debido. Para conocer a los demás, en definitiva, hay que dejar de interpretarlos tratando de ser capaces así, después de haberles cargado de sentido, de hablarles en lo tienen de más personal, de más desconocido.

Intentando salvarse a sí mismo, reclamando el reconocimiento y el cariño de los demás, Rousseau descubrió un absurdo que se ha convertido en el secreto último de la amistad, en la renuncia a conocer a los hombres y especialmente a los amigos.